

CAPITULO XXIV.

ESTADO ACTUAL DE LA SOCIEDAD.
RELIGION, FILOSOFÍA, HISTORIA, LITERATURA,
BELLAS ARTES.

Que la sociedad está enferma, es un hecho constante, porque el espíritu público está trabajado por no sé que fiebre frenética que se manifiesta en su exterior por síntomas alarmantes y con extravíos funestos. Triste es ver en Francia sobre todo, al hombre haber perdido la idea de toda vida ulterior, remover con ardor obstinado el fondo de la vida presente para encontrar en ella su bienestar y su reposo, recorrer

atrevidamente el árido desierto de la vida y temblar de alegría al encuentro de los viles placeres: en este camino que con furor prosigue, se esfuerza en reunir todos los goces que le ofrece esa basta escena que llamamos mundo, los diversifica, los multiplica hasta lo infinito. Vano trabajo; porque siempre siente el vacío y la nada de ellos; incapaz de saciar la sed que lo devora, estos frutos de la tierra seductores por fuera, ocultan todos una secreta y punzante amargura; y muy pronto, fatigado de un trabajo inútil, se sienta tristemente y sin esperanza sobre los confines de la vida. Privado de virtud y de amor en esta region sin sol, el alma trata entónces de sepultarse bajo las runinas de su cuerpo, como un rey despojado de su pompa, se sepulta bajo los restos de su palacio. El suicida es hijo de la nada.

Siguiendo los pasos de esta enfermedad moral, marchan en tumulto los desórdenes de toda especie. El egoismo frío y brutal, espada de dos filos que mata al hombre y á la sociedad; la independencia individual, la anarquía su hermana, el menoscupio de la autoridad; en fin, una liga de todas las pasiones conjuradas, marchan á banderas desplegadas para la destrucion del orden social. Entónces todo entra en conmocion, todo

se agita, porque no hay lazos que contengan. La tierra se divorcia entónces del cielo, y el hombre de todo lo que tiene de bello y hermoso.

¿Pero todo esto debe admirarnos cuando la religion, esta filosofía sublime que demuestra el orden, la unidad de la naturaleza, y explica el enigma del corazon: cuando la religion, el más poderoso motivo para conducir al hombre al bien, pues que la fé le hace comprender que obra ante Dios, y que mueve su voluntad con tan suave eficacia, así como su pensamiento; cuando la religion, el más bello código de moral, cuyos preceptos todos tienden á mandar, afirmar y perfeccionar todas las virtudes; cuando en fin, la religion es enteramente desconocida, menospreciada, vilipendiada? Los grandes mismos, los que debieran dar el ejemplo, viven en una ignorancia casi completa de la religion y por esto, sin que se dude del aserto, desmoralizan y corrompen á todas las masas. La religion que ellos mismos saben que es necesaria para dominar la desnaturalizan, la desconceptúan: en lugar de hacerla amar la hacen temer. El gobierno, y lo decimos con dolor, no tiene más religion que una religion de política, carece de convicciones profundas, religiosas, ¡qué digo profundas! algunas veces solo tiene exterioridades, y

casi siempre aversion, mala voluntad, y muchas ocasiones desprecio. No queremos la coaccion religiosa, no, porque no es esta la mision que nos hemos impuesto; pero querriamos que formulase clara y enérgicamente su creencia; que observara él mismo é hiciera observar al pueblo, si no halla peligro alguno, el gran dia del Señor que por do quiera se respeta con escrupulosa exactitud. Todas las naciones reconocen un dia consagrado al reposo para honrar al *Ser Supremo*, y solo en Francia no se reconoce ninguno. La religion está tambien sin influencia y sin significacion, siendo esto motivo de escándalo, principalmente para el pueblo que imita lo que ve hacer. Las grandes y poderosas palabras de Dios, sociedad, orden, rey, confundidas con desprecio, se ven con la mayor indiferencia. Apenas se pronuncia á hurtadillas en las escuelas públicas el nombre de Dios. La escuela normal, ese plantel de donde salen todos los años los profesores destinados para instruir y dirigir la juventud francesa, y que por lo mismo ejerce tan grande influencia sobre los destinos futuros de la sociedad, no manifiesta el más ligero signo de religion. Cada facultad tiene su profesor especial; la religion no tiene un sacerdote que la represente para enseñar, para la ha

cerla gustar á la juventud ávida de fé, de luces, de caridad y de abnegacion.

No le es permitido al valeroso y esforzado soldado ir el dia de fiesta á misa; se le ocupa en cosas ajenas á lo que se santificacion de aquellos dias; ved porque cuando se llega el momento de su separacion, la madre católica le recomienda al partir, entre lágrimas y sollozos, que no olvide aquellas prácticas á que como católico está obligado. En Africa, la Francia se pone en ridículo, por queaquella ora. La Francia dá al mundo el espectáculo más extraño, el de una nacion sin Dios, sin religion, sin fé. Viviendo en una sociedad que se dirige así, el orden no puede subsistir, no se puede vivir, porque las leyes son impotentes por sí solas. Se podria, con la ayuda de la fuerza bruta, de la metralla y el cadalso, detener el torrente impetuoso de las pasiones, pero no seria sino por algun tiempo, porque vendria hora en que el torrente desbordado arrollaria todo dique. Las pasiones reprimidas por algun tiempo, son más fuertes, más impetuosas que los obstáculos que se les oponen para contenerlas.

Es un hecho comprobado con la experiencia de todos los siglos, que el hombre necesita de una religion; ved por qué no se encuentra sobre

la superficie de la tierra ningun pueblo que carezca de algun culto, ó que no tenga sus Dioses. La Grecia y la Italia jamás se habrian elevado á la gloria y al poder con que las admiramos, no habrian sido el modelo de las demas naciones si no hubieran sido profundamente religiosas. Cuando la filosofia se introdujo en ellas con el objeto de desterrar la religion y lo consiguieron entónces decayeron sensiblemente. Tambien es un hecho constante que los siglos más religiosos fueron siglos más tranquilos: el siglo de Luis XIV es la prueba de lo que acabamos de decir. Búsqese un pueblo donde la religion sea respetada, y allí vereis á este pueblo contento, viviendo casi de nada. No conoce las turbulencias, las conmociones, las tentativas de rebelion. Dad con otro que carezca de religion, habries encontrado el foco de las pasiones, el arsenal del desórden, la sentina de todos los crímenes, en fin, el malestar que corre, y acaba por matar á las sociedades. Los gobiernos entónces viéndose sentados sobre aquellos volcanes, tratan de encontrar medios para contener la explosion que se anuncia: ocurren á la ciencias, á las academias, á la política; inútiles tentativas; no hay más que un medio, el solo regenerador, el solo salvador, la religion. Inútilmente ensayarán otros hasta

lo infinito, ninguno producirá buenos resultados si la religion no les sirve de bases... La religion es la vida de los pueblos. Un estado sin religion, es una cosa contra la naturaleza; es el reino de Satan, un teatro repugnante de continuas ansiedades, de desórdenes, de incesantes conmociones.

¿Y cuál es el estado de la mayor parte del mundo? En filosofía, en historia, en literatura, y hasta en las artes, no se tiene la verdadera idea de Dios. La filosofía es panteista, atea, escéptica, incrédula; habiendo desechado el encadenamiento que hay entre Dios y la razon, quiere vivir de su propia sustancia: de aquí el sensualismo, el electicismo y la filosofía del progreso; teorías humanas, frías y áridas como la materia de donde descuellan. En este sentido, la filosofía moderna no producirá más que una ciencia falsa, arbitraria, estéril, y por consiguiente destructora.

La historia es fatalista. Bossuet, el historiador católico, agrupa todos los hechos al lado de la verdad con una incomparable magestad. Según él nada ha pasabo en el universo, sino en cumplimiento de la palabra de Dios. La historia de los hombres es para el obispo de Meaux la historia de un solo hombre; desdeñando los

documentos de la tierra, va al cielo á buscar sus demostraciones. ¿Qué hace del imperio de este mundo, *presente de ningun precio?* Desde el pié de la cruz donde escribe, vé todos los pueblos correr como un torrente rápido bajo la mano omnipotente de Dios.

No aguardéis de nuestros historiadores ni ojeadas tan bastas ni cálculos luminosos, ni *causas profundas*, como se expresa Bossuet, las cuales han determinado la accion de la Providencia. Para el historiador del dia, no hay Providencia, ó si habla de ella es en tono buslesco, para negarla, mejor que para creer en ella. Para él el mundo existe sin un ser superior é inteligente que lo gobierne, porque segun él el destino es el que preside su marcha.

En la historia católica no veis más que un solo motor, árbitro soberano de las revoluciones humanas, Dios, que lo hace todo, que lo manda todo, que lo ejecuta todo. En el sistema de nuestros historiadores fatalistas, la Providencia poco obra, ó casi nada, si no es como intermediaria de las causas segundas. La maravillosa propagacion del cristianismo, por ejemplo, no es á sus ojos, más que un hecho puramente humano que se explica por sí mismo y por la accion de las causas segundas; no es más que una combi-

nacion de acontecimientos políticos y de efectos morales producidos por el concurso de las revoluciones. El cristianismo no es, pues, segun él, más que una bella especulacion filosófica, más feliz que todos los sistemas anteriormente imaginados por las diversas escuelas de Roma y de Grecia. En sus sistemas pululan los errores; y no podria ser de otra manera. La fatalidad introducida en los negocios humanos, trae al historiador la impotencia para desempeñar su cometido, manifestándose entonces apocado y perezoso. Colocar, en efecto, la fatalidad en la historia, es escaparse del trabajo de pensar, huir de los embarazos de indagar la causa de los acontecimientos; es colocar la sociedad en grandes morteros para reducir á masa á todos los hombres y á las cosas; es necesario no levantar la esclusa de las pasiones, porque entónces ellas se rebelarán desencadenándose con estrépito.

En literatura, la inmoralidad impera con una desvergüenza sin límites. No son ya ataques solo contra la religion, sino redes tendidas con arte á la inocencia y al pudor. Entre esa multitud de libros que inundan la sociedad, ¿cual es la novela que se pueda hoy poner en manos de la juventud, sin que la pervierta? Apenas una que otra, porque la mejor de todas, es la ménos

mala. En casi todas, el amor es el principal protagonista que se representa; no son mas que vagos sentimientos de disgusto en la vida, que terminan por el brutal suicidio, último extravío del hombre. Notadlo, entre tantos, en los sentimientos que inspira el autor de una en estas palabras: «cuando todo se ha perdido, y que no se tiene de ellas, ni aun la esperanza, la vida es un oprobio y la muerte es un deber.» Y ¿qué vendrán á producir en el espíritu de la juventud, tales cuadros, imágenes tan recargadas, posiciones tan difíciles y tan contrarias á la misma naturaleza? ¿Qué cosas? que el jóven, no pudiendo ser el autor de una novela, se convierte en su héroe: procura entonces realizar én su vida lo que tanto le encantó en el libro. Y á esto se llama progreso?

Las artes tambien se han resentido y se resenten de la ausencia de la fé. No negamos que en nuestros dias haya grandes artistas los hay, es cierto, pero no segun la alta acepcion de la palabra: es cierto tambien que algunos verdaderos artistas, y estos merecen nuestros elogios, trabajan en levantarle de sus ruinas, pero ellos no pueden sino lo que puede el hombre aislado, el hombre individual; nunca podria dar á la sociedad lo que le falta, la conciencia de una fé de que carece; y para que el arte llegue á ser lo

que es, es necesario que las ciencias se infiltren de ella y casi se propaguen; es necesario que se tenga una concepcion más elevada, más clara de Dios y del universo, de la humanidad y sus leyes, de sus funciones y de sus destinos para que broten entónces de allí nuevos tipos.

Nada recuerda la sociedad actual á Dios, primero y único principio del órden y de la prosperidad. Todo está materializado: los intereses sórdidos, el oro y la plata, hé aquí los que gobiernan el mundo; y puestas estas causas, ¿por qué admirarse de los desórdenes que vemos? Por lo que respecta á mí, yo solo me admiro de que no haya muchísimos más. ¡Qué aguardar, en efecto, de un pueblo educado en los principios del ateismo, y que raciocina del modo siguiente: comamos y bebamos, porque mañana podemos morir? Si todo termina con la vida, ¿para qué trabaja uno hombre, cuando otro viene á recoger los frutos de su trabajo? ¿Por qué los duques, los príncipes y los reyes, están cubiertos de oro y de púrpura, mientras que nosotros nos morimos de hambre y de miseria?» (1)

(1) "Times," periódico inglés, de 15 de Setiembre de 1841.

Es decir, pues, ¿que no hay ningun remedio para tantos males? Ah! Dios nos libre que desesperemos de encontrarle para la sociedad; pero en presencia del mal, devorados como estamos por todas partes por el flujo y reflujo de hirvientes pasiones, dirémos á todos los que nos dirigen y nos gobiernan: "Atended á las clases que sufren; escuchad sus justas quejas (1) que ellas sean el objeto constante de vuestra benevolencia, de vuestra solicitud; redoblad vuestros esfuerzos para moralizarlas, para mejorar su posicion; solo bajo este concepto cumplireis con vuestro deber; solo así neutralizareis las influencias de los agentes del desórden que con todo especulan para el mal. Pero tal objeto no lo conseguireis, sino por la religion, por el Sacerdote católico.

A los súbditos les diria: "Sed obedientes. No es sin motivo por lo que el que manda lleva la espada. Considerad que hay en el cielo un Dios por quien reinan los que os gobiernan, y que vosotros teneis un deber riguroso, una necesidad de sufrir más bien que de rebelaros: esto es lo que enseña la fé católica."

(1) Informe de M. Pallet sobre el atentado el 15 de Setiembre.

A las clases trabajadoras les diría, en fin: "Se os extravía con falsas doctrinas; se excita vuestra ambición con vanas esperanzas. A los que os llaman á las armas no los escucheis, quieren cubrirlos de deshonor, así como á vuestras familias y despues llevaros al cadalso; conocedles bien y guardaos de dejaros arrastrar por sus perversos discursos, ó alucinar con sus mentidas promesas. El verdadero honor, la sólida providad consisten en vivir del trabajo y conformarse con el estado en que la Providencia lo ha colocado.—Vuestro verdadero amigo es el sacerdote católico El os protegerá, os conducirá siempre por el sendero del honor y de la prosperidad. Ved á vuestro único amigo. Su fé, su Evangelio, su iglesia, valen más que los clubs á donde se os arrastra, más que las palabras sediciosas con que se os alucina, más que las armas que se os distribuyen. Ved, pues, el amigo, á quien únicamente debeis escuchar.

CAPITULO XXV.

ESTADO DEL SACERDOTE EN LA SOCIEDAD ACTUAL.

¿Cuál es el estado del Sacerdote católico en medio de esta sociedad sin Dios? Es un estado de violencia, un estado contra la natural; son los dos extremos; todavía más, es la vida estrechada por la muerte. El Sacerdote es un extranjero en su patria, en medio de sus conciudadanos, en el seno de su familia; su patria, sus conciudadanos, su familia, no lo comprenden, no lo conocen. En los días en que vivimos, el Sacerdote católico ha perdido mucho de su dignidad, de su consideración, de su influencia. Su autoridad sobre las masas, no la tiene ya sino por sus cua-